Arte y literatura

NAVIDAD ROJA EN EL CUARTEL

NOSTALGIA

Una estrella de purpurina guiaba a los Magos de Oriente, por paisajes de fantasía, a través de musgosas montañas de corcho y ríos de plata. Por los valles, por las cimas más imposibles, frágiles casitas amarillentas, blancas, las tejas bermejas; un perro y un gallo a la puerta. Y allá, el pastor con sus ovejas y el pescador con su presa dorada y la lavandera y el puente de troncos y el telón de fondo con sus montañas blancas y un cielo azul cajado de estrellas...

Pero lo que con más ternura vuelve hoy a la mente de Juan, es el recuerdo de aquella cueva santa, símbolo de un amor infinito, de aquella cueva que este año tendrá que guarnecer con el pájaro inquieto de su imaginación...

Era un belén magnífico. A su alrededor, mientras aguardaban que la voz amiga de las campanas los llamase, reunido con unos cuantos amigos, cantaba villancicos y los padres y el abuelo se alegraban con él, se contagiaban la pura alegría que emergía de la noche santa y el hogar se llenaba de cordialidades y dulzuras...

Y este año...

¿Qué te pasa, Juan? ¡Alégrate, hombre!

Su vecino de mesa le dá con el codo; quiere envolverle en la atmósfera de alegría inconsciente que preside el comedor, Juan tiene un gesto de sobresalto, como si despertara de un sueño. Llega a sus oídos la voz ronca del comisario del batallón:

La guerra—dice, mejor, vocifera—se gana en la última batalla; no os dejéis impresionar por éxitos sin consistencia. A los contratiempos tenemos que oponer...

Sus palabras suenan a falsedad, a engaño. Se nota un aire de impacencias en el ambiente. Y el comisario continúa vociferando como un loco; y sus palabras, mal disfrazadas, Juan las vé caer en un pozo de indiferencia.

Al terminar, al comedor se hace un tumulto de aplausos fingidos, y voces, y risas; y todos se disponen a celebrar el extraordinario de Nochebuena. Sí, en el cuartel rojo se celebra la Festividad, aunque de una manera triste: con un rancho no tan malo como de costumbre, una arenga exagerada, sin ningún

resultado positivo, a cargo del comisario y un desorden de voces y bromas de mal gusto.

Juan se ahoga en aquel ambiente, no puede resistirlo.

—¿Estás triste, Juan? ¿te sientes mal?

—Sí, me voy arriba.

Desaparece del comedor y cuando se encuentra en la sala dormitorio, solo con sus pensamientos, levanta el pecho y suspira gozosamente.

Se empequeñece en la cama para no sentir el frío, aleja su mente de la alegría triste, de la fiesta sin alma que le llega de abajo en un murmullo confuso, y se va submergiendo en un sueño de suavidades y de esperanzas, e corazón suspirando días más luminosos, los pensamientos volando por senderos de añoranza, por un mundo espiritual puro, noble, elevado.

JAIME LLACUNA